

Supe que había sucedido algo irreparable en el momento en que un hombre me abrió la puerta de esa habitación de hotel y vi a mi mujer sentada al fondo, mirando por la ventana de muy extraña manera. Fue a mi regreso de un viaje corto, sólo cuatro días por cosas de trabajo, dice Aguilar, y asegura que al partir la dejó bien, Cuando me fui no le pasaba nada raro, o al menos nada fuera de lo habitual, ciertamente nada que anunciara lo que iba a sucederle durante mi ausencia, salvo sus propias premoniciones, claro está, pero cómo iba Aguilar a creerle si Agustina, su mujer, siempre anda pronosticando calamidades, él ha tratado por todos los medios de hacerla entrar en razón pero ella no da su brazo a torcer e insiste en que desde pequeña tiene lo que llama un don de los ojos, o visión de lo venidero, y sólo Dios sabe, dice Aguilar, lo que eso ha trastornado nuestras vidas. Esta vez, como todas, mi Agustina pronosticó que algo saldría mal y yo, como siempre, pasé por alto su pronóstico; me fui de la ciudad un miércoles, la dejé pintando de verde las paredes del apartamento y el domingo siguiente, a mi regreso, la encontré en un hotel, al norte de la ciudad, transformada en un ser aterrado y aterrador al que apenas reconozco. No he podido saber qué le sucedió durante mi ausencia porque si se lo pregunto me insulta, hay que ver cuán feroz puede llegar a ser cuando se exalta,

me trata como si yo ya no fuera yo ni ella fuera ella, intenta explicar Aguilar y si no puede es porque él mismo no lo comprende; La mujer que amo se ha perdido dentro de su propia cabeza, hace ya catorce días que la ando buscando y me va la vida en encontrarla pero la cosa es difícil, es angustiosa a morir y jodidamente difícil; es como si Agustina habitara en un plano paralelo al real, cercano pero inabordable, es como si hablara en una lengua extranjera que Aguilar vagamente reconoce pero que no logra comprender. La trastornada razón de mi mujer es un perro que me tira tarascadas pero que al mismo tiempo me envía en sus ladridos un llamado de auxilio que no atino a responder; Agustina es un perro famélico y malherido que quisiera volver a casa y no lo logra, y al minuto siguiente es un perro vagabundo que ni siquiera recuerda que alguna vez tuvo casa.

Te lo voy a contar a calzón quitado porque tienes derecho a saberlo, le dice el Midas McAlister a Agustina, y a fin de cuentas qué puedo arriesgar al hablarte de todo esto, si a mí ya no me queda nada. Tu marido anda perdido como corcho en remolino tratando de averiguar qué diantres sucedió contigo y tú misma tampoco sabes gran cosa, porque mira, Agustina bonita, toda historia es como un gran pastel, cada quién da cuenta de la tajada que se come y el único que da cuenta de todo es el pastelero. Pero antes de empezar déjame decirte que me alegra tu compañía, pese a todo siempre me ha alegrado tu compañía, la verdad es que después de lo que pasó eres la última persona que esperaba ver. ¿Me crees si te digo que este desastre empezó con una simple apuesta? Hasta

vergüenza le da al Midas confesárselo a Agustina, que se tomó las cosas en serio y salió tan perjudicada, una apuesta de lo más ordinaria, una chanchada si vamos a llamar a las cosas por su nombre, una jugarreta que resultó sangrienta. La bautizaron Operación Lázaro porque el motivo era ver si el Midas y otros tres amigos podrían hacer que le resucitara el pájaro a la Araña Salazar, que lo llevaba muerto entre las piernas desde el accidente en el Polo Club de Las Lomas, ¿Te acuerdas, Agustina bonita, del escándalo aquel? A la hora de la verdad fue un accidente vulgar y cretino aunque después trataron de ponerle a la cosa su decoro y su heroísmo, haciendo circular la versión de que la Araña se había caído del caballo durante un partido contra un equipo chileno, pero la verdad, aclara el Midas, es que el trago amargo vino después, durante un zafarrancho de borrachos, porque el partido había sido por la mañana y la Araña lo había presenciado desde la tribuna, sentado en los primeros peldaños porque está tan gordo que no puede acceder a los altos, y te aseguro que todo su protagonismo consistió en apostar a favor de los chilenos y en contra de los locales, ese Araña siempre ha sido un gordazo y un vendepatrias. Los chilenos ganaron y luego fueron homenajeados con un almuerzo típico que supongo que se tragaron por educación pero de mala gana, quién sabe cuál fue el folklorismo que les enjaretaron, lechona, tamales, buñuelos, brevas con arequipe o todos los anteriores, y después se retiraron a su hotel a bregar con la digestión de todo aquello mientras en el club la jarana seguía y se multiplicaba, cada vez más enverrionada. Corrieron ríos de whisky, oscureció y ya no quedaban allí sino polistas nativos y habitués del

club cuando a la Araña y a sus amigos les dio por mandar ensillar, y el Midas McAlister supone, o mejor dicho sabe, que cuando partió en la noche la alegre cabalgata todos iban ebrios como cosacos, aquello era una patota de payasos alebrestados, no sé si tu hermano Joaco iba entre ellos, le dice a Agustina, a lo mejor sí porque Joaco nunca se pierde un jolgorio promisorio. Se montaron en esos caballos que ya de por sí son histéricos y que no aprecian que unos patanes pasados de kilos les aplasten los riñones y los obliguen a galopar a oscuras por trochas tapadas de barro, con la procesión de Toyotas 4 puertas cargados de escoltas detrás, tú conoces cómo va la onda, muñeca linda, le dice el Midas a Agustina, porque tú provienes de ese mundo y si emprendiste la fuga fue porque de eso ya habías comido bastante, ¿y acaso el sabor se olvida?, no reina mía, ese regusto a mierda permanece en la boca por más gárgaras de Listerine que hagas. A cada ricacho del Las Lomas Polo lo siguen como sombras cinco o seis guardaespaldas donde quiera que va, y peor en el caso de la Araña Salazar, que desde que nada en oro se hace proteger por una tropilla de criminalazos entrenados en Israel, y el Midas asegura que esa noche la Araña, que hacía meses no se encaramaba en un caballo porque se ahoga en colesterol y debe contentarse con observar la movida desde la tribuna, esa noche la Araña, que llevaba encima una juma fenomenal, ordenó que le trajeran a la bestia más arrecha, un alazán de alzada portentosa que se llamaba Perejil, y si te digo se llamaba, Agustina princesa, y no se llama, es porque en medio de la negrura, del barrizal y del desenfreno el Perejil se encabritó y lanzó a la Araña por los aires estampándolo de espaldas contra el filo de

una roca, y después de eso una lumbrera de escolta, uno que llaman el Chupo, no tuvo mejor idea que castigar al animal con una ráfaga de metralla que lo dejó agujereado como una coladera y con los cascos mirando hacia la luna, en una escenita de un patético subido. De una sola ráfaga el imbécil del Chupo se parrandéó los doscientos cincuenta mil verdes que costaba el Perejil, porque esa vida es así, Agustina muñeca, en una sola juerga se pueden ir al traste dinerales sin que a nadie se le descoloque el peluquín.

La niña Agustina abraza con fuerza a otro niño más pequeño que es su hermano el Bichi y que tiene la cabeza cubierta de rizos oscuros, un Niño Dios de esos que los pintores no representan rubios sino pelinegros, Es la última vez, Bichito, le asegura Agustina, nunca más te vuelve a pegar mi padre porque yo lo voy a impedir, no encojas ese brazo como si fueras un pollo con el ala quebrada, ven Bichi, hermanito, tienes que darles el perdón a las manos malas de mi padre porque su corazón es bueno, tienes que perdonarlo, Bichi, y no hacerle mala cara porque de lo contrario se larga de casa y la culpa va a ser tuya, ¿te duele mucho el bracito?, ven acá que no es nada, si paras de llorar tu hermana Agustina te va a convocar a la gran ceremonia de sus poderes, y hacemos lo que sabemos, ella saca las fotos del escondite y Bichi coloca la tela negra sobre la cama, tú y yo preparando la misa que ilumina mis ojos, Agustina convoca al gran Poder que le permite ver cuándo el padre le va a hacer daño al niño, tú eres el Bichi a quien yo tanto quería, repite una y otra vez Agustina, el Bichi a quien tantísimo quiero, mi

hermanito del alma, el niño lindo que se alejó de mí hace ya toda una vida y nada sé de él. Tu ala quebrada yo te la sano, le canta Agustina y lo arrulla contra sí, sana que sana paticas de rana si no sanas hoy sanarás mañana, lo único malo es que los poderes de adivinación le llegan cuando les da la gana y no cuando ella los convoca, por eso a veces la ceremonia no resulta lo mismo aunque los dos niños se pongan las vestimentas y hagan todo como Dios manda, paso por paso, respetando cada paso, pero no es lo mismo, se queja Agustina, porque a mí los poderes a ratos me abandonan, se me cierra la visión y el Bichi queda indefenso, sin saber en qué momento le ha de suceder aquello. En cambio cuando van a llegar se anuncian con un temblor en los párpados que lleva por nombre Primera Llamada, porque los poderes de Agustina eran, son, capacidad de los ojos de ver más allá hacia lo que ha de pasar y todavía no ha pasado. La Segunda Llamada es la libre voluntad con que la cabeza se le va hacia atrás como bajando una escalera, como si la nuca tironeara y la hiciera estremecerse y agitar el pelo como la Llorona Loca cuando vaga por el monte, Yo sé bien que al Bichi le aterrará la Segunda Llamada y que no quiere saber nada de la Llorona ni del ritmo loco de su pelo suelto, por eso me ruega que no ponga los ojos en blanco y que no revuelva los pelos porque Si sigues haciendo eso, Agustina, me voy para mi cuarto, No te vayas, Bichi Bichito, no te vayas que ya no lo hago más, controlo el estremecimiento para no aterrarte porque al fin y al cabo nuestra ceremonia es de curación y amparo, yo nunca te voy a hacer mal, yo sólo te protejo, y a cambio de eso tú tienes que prometerme que aunque mi padre te pegue vas a perdonarlo, mi pa-

dre dice que es por tu bien y los padres saben cosas que los hijos no saben.

Aguilar dice que desde que su mujer está extraña, él se ha dedicado a ayudarla pero que sólo logra desagradarle e importunarla con sus inútiles desvelos de buen samaritano. Por ejemplo ayer, tarde en la noche, Agustina montó en cólera porque quise secar con un trapo el tapete que ella había empapado obsesionada con que olía raro, y es que me produce una desazón horrible ver ese montón de tiestos con agua que va colocando por todo el apartamento, le ha dado por oficiar bautizos, o abluciones o quién sabe qué ritos invocando a unos dioses que se inventa, todo lo lava y lo frota con un empeño desmedido, esta indescifrable Agustina mía, se le ha vuelto un tormento cualquier mancha en el mantel o mugre en los vidrios, sufre porque haya polvo en las cornisas y la vuelven irascible las huellas de barro que según dice van dejando mis zapatos, hasta sus propias manos le parecen asquerosas aunque las refriegue una y otra vez, ya están rojas y resecas sus bellas manos pálidas, porque no les da tregua, ni me da tregua a mí, ni tampoco se la da a sí misma. Dice Aguilar que mientras su mujer oficia sus ceremonias dementes le va dando órdenes a la tía Sofi, que se ha ofrecido como monaguillo complaciente, y las dos trajinan con cacharros llenos de agua como si así logran exorcizar la ansiedad, o recuperar algo del control perdido, en tanto que él no halla qué papel desempeñar en esta historia ni sabe cómo frenar el furor místico que va invadiendo la casa bajo la forma de hileras de tazas de agua que aparecen alineadas contra los zócalos de los muros o sobre los

antepechos de las ventanas, De pronto abro una puerta y sin querer vuelco un platón de agua que Agustina ha escondido detrás, o voy a subir al segundo piso y me lo impiden las ollas llenas de agua que ha colocado en cada escalón, ¿Cómo llego arriba, tía Sofi, si Agustina inutilizó la escalera?, Por ahora quédate abajo, Aguilar, ten un poco de paciencia y no quites de ahí esas ollas porque ya sabes la pataleta que arma, ¿Y dónde comeremos, Agustina mía, si llenaste la mesa de platos con agua? Los ha puesto sobre las sillas, en el balcón y alrededor de la cama, el río de su locura va dejando su rastro hasta en los estantes de los libros y en los armarios, por donde pasa se van abriendo estos quietos ojos de agua que miran a la nada o al misterio y yo más que desazón siento el agobio de un fracaso, la angustia de no saber qué burbujas son las que le estallan por dentro, qué peces venenosos recorren los canales de su cerebro, así que no se me ocurre nada mejor que esperar un descuido suyo para vaciar vasijas y platos y baldes y devolverlos a su lugar en la cocina, y luego te pregunto por qué me miras con odio, Agustina amor mío, será que no me recuerdas, pero a veces sí, a veces parece reconocerme, vagamente, como entre la niebla, y sus ojos se reconcilian conmigo por un instante, pero sólo un instante porque enseguida la pierdo y vuelve a invadirme este dolor tan grande. Extraña comedia, o tragedia a tres voces, Agustina con sus abluciones, la tía Sofi que le sigue el juego y yo, Aguilar, observador que se pregunta a qué horas se perdió el sentido, eso que llamamos sentido y que es invisible pero que cuando falta, la vida ya no es vida y lo humano deja de serlo. Qué haríamos si no fuera por usted, tía Sofi. Al principio Aguilar permanecía en



casa las veinticuatro horas corridas cuidando a Agustina y esperando que en cualquier momento volviera a sus cabales, pero con el correr de los días empezó a sospechar que la crisis no se superaría de la noche a la mañana y supo que tendría que hacer de tripas corazón para volver a enfrentar la vida cotidiana. Tal vez lo más difícil de todo esto, dice, sea aceptar la gama de términos medios que hay entre la cordura y la demencia, y aprender a andar con un pie en la una y el otro en la otra; al tercer o cuarto día de delirio se me acabó el dinero que llevaba encima y las urgencias ordinarias regresaron a mí desde ese remoto fondo de la memoria donde se habían agazapado, si no salía a cobrar un par de cuentas pendientes y a hacer las entregas de la semana no habría con qué comprar la comida ni pagar los servicios, pero no tenía cómo contratar a una enfermera que durante mi ausencia se quedara con Agustina cuidando que no escapara ni hiciera locuras irreparables, y fue entonces cuando timbró a la puerta esta señora que dijo llamarse tía Sofí. Apareció así no más, como traída por la Providencia, con su par de maletas, su gorro de fieltro rematado en una pluma, su risa fácil y su amplia presencia de alemana de provincia, y antes de ser invitada a seguir, todavía parada en el quicio de la puerta, le fue explicando a Aguilar que hacía años que no tenía trato con la familia, que vivía en México y que se había venido en un avión para cuidar a su sobrina durante el tiempo que fuera necesario, Yo no sé, duda Aguilar, mi mujer nunca me había hablado de ninguna tía, o al menos no recuerdo que lo haya hecho, y sin embargo pareció reconocerla o al menos reconoció su sombrero porque se rió, No puedo creer que todavía uses ese go-

rrito con pluma de ganso, eso fue todo lo que le dijo pero se lo dijo risueña y confiada, y sin embargo hubo un detalle que a Aguilar le dio mala espina, si esta señora no tenía trato con la familia, cómo se había enterado de la crisis de la sobrina, y cuando se lo preguntó, ella sólo respondió Eso lo he sabido siempre, Ah carajo, pensó Aguilar, o aquí hay gato encerrado o me acabo de ganar otra especialista en andar adivinando. Lo cierto es que esta tía Sofi no sólo ha logrado bajarle un poco el voltaje al frenesí de Agustina sino que además ha hecho que se alimente, un avance enorme porque antes se negaba a comer nada que no fuera pan simple y agua pura —son palabras de ella, pan simple y agua pura— siempre y cuando no provinieran de mi mano. En cambio a la tía Sofi le recibe de buena gana esa maizena con canela que sabe prepararle y que le va dando cucharada a cucharada como si fuera una nena, Dígame, tía Sofi, por qué Agustina me rechaza la comida y en cambio a usted no, Pues porque maizena con canela era lo que yo le daba de pequeña cuando estaba enferma, Qué habríamos hecho sin usted, tía Sofi, le agradece Aguilar mientras se pregunta quién será en realidad esta tía Sofi.